

BERNARDO
ESQUINCA

CARNE
DE ATAUD




Almadia

PRÓLOGO

Guadalajara, marzo de 1855

El Rastro parecía el escenario de una masacre. Había charcos de sangre en el piso, salpicaduras en las paredes, vísceras apiladas en montones. El joven Francisco se acercó al lugar donde las reses colgaban bocabajo de ganchos. Estaba acostumbrado a ese olor a muerte: visitaba seguido a su padre en el trabajo. Era un olor que una vez que entraba por la nariz era muy difícil que saliera; duraba varios días y lo impregnaba todo: la ropa, la casa, incluso los pensamientos. A veces, Francisco sentía que miraba en rojo, y que el agua que bebía tenía el mismo color de la sangre.

Caminó por el suelo pegajoso, sin importarle que sus huaraches se ensuciaran con la porquería. Llegó hasta donde su padre lo esperaba, con un enorme cuchillo en la mano. Sabía lo que tenía que hacer. Y aunque ya lo había hecho en numerosas ocasiones, seguía experimentando la misma mezcla de asco y emoción de la primera vez.

Tomó el cuchillo y rajó el pecho del animal, justo a la altura del corazón. Su padre estaba listo con un vaso y recibió el líquido. De inmediato se lo pasó a Francisco, quien bebió el contenido de un trago. La sangre estaba espesa, caliente. Cuando terminó contuvo las arcadas, y luego se pasó la lengua por las comisuras de los labios.

Su padre le dio un coscorrón.

—Lárguese.

Su aliento olía a pulque fermentado. Francisco esperaba con ansia el día en que su padre se lo diera a probar. Estaba seguro de que, además de la sangre, esa bebida lo transformaría en un hombre viril. Por algo tenía la consistencia de los mecos. Había visto a hombres que, tras beber pulque, apuñalaban a otros con saña.

Regresó a su casa espantando a las gallinas que se encontraba en el camino. Fue directo a la letrina y, paladeando los restos de sangre en sus encías, se masturbó dilatadamente.

Satisfecho, se acostó en el petate a dormir. Y soñó: tenía muchas mujeres que vivían para complacerlo. Algunas aceptaban de muy buena gana. A las que se ponían remilgosas, las obligaba. A veces con pura fuerza, otras con el cuchillo. Ellas se espantaban y eso lo excitaba más.

Despertó. Como siempre, se puso triste. Aún no tenía el arrojito ni para someter a sus primas, como había hecho su padre, que se casó con una pariente. Miró el chaleco que colgaba de un clavo, luego sus huaraches pringosos. Tal vez debería empezar a vestirme mejor, pensó.

Y trabajar. Podría hacer zapatos.

Pagaré por mujeres.

Francisco se puso el chaleco de su padre, se miró en el trozo de espejo que colgaba sobre el aguamanil y dijo en voz alta:

–Después les cobraré lo que me deban.

«Esquinca posee una imaginación mucho más ardiente que la de J. G. Ballard.»

RODRIGO FRESÁN

«Bernardo Esquinca ha logrado reinventar el género de terror en lengua española y alternarlo con la novela negra para crear un programa narrativo de gran calidad y distinción que día tras día gana más público. Muy pocos escritores en la actualidad pueden presumir este ensamble de arrojo literario, saber histórico, inteligencia y amenidad que caracteriza a Bernardo Esquinca.»

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Esta novela narra el nacimiento de la nota roja, género periodístico que desde hace más de un siglo retrata fielmente el alma violenta y oscura de nuestro país. A finales del siglo XIX y principios del XX, México es un país que vive un periodo crucial de construcción y búsqueda. Su realidad existe más en los anhelos y los miedos de sus ciudadanos, en las sombras y leyendas que pueblan sus calles, que en los libros de historia.

Cuando Eugenio Casasola, *reporter* de *El Imparcial*, transita un momento de quietud en su carrera y su vida personal, un fantasma del pasado reaparece para robarle la tranquilidad: el asesino conocido como El Chalequero –quien se pudre en una celda del castillo de San Juan de Ulúa por asesinar prostitutas veinte años atrás– misteriosamente parece estar de regreso. Aunque Eugenio sospecha que quizá la tormenta que se cierne sobre la Ciudad de México sea la encarnación de un mal aún peor.

Entre las sesiones espiritistas de Madame Guillot, las riñas y el arte decadente de Julio Ruelas, y la mirada vigilante de Carlos Roumagnac, inspector de policía con un plan secreto para acabar con el crimen, esta novela reconstruye los misterios de una época, al tiempo que rastrea el origen de sus males más arraigados, los más profundos.

ISBN: 978-607-97014-2-0



9 786079 701420



Almadía

NARRATIVA